

Rouen. Al dar cuenta, si bien con algun retraso, de este Congreso, damos las gracias á M. Raved, colaborador de Los Dos MUNDOS, que en el *Bulletin de la Societé normande de Geographie* nos ha remitido sus actas, y le felicitamos cordialmente por la parte que le corresponde en las tareas del mismo Congreso.

#### Las colonias españolas en Argel.

Atentos siempre á las cuestiones de emigracion de nuestros compatriotas, aunque parezca que las tenemos olvidadas, hemos recorrido con particular interés los datos y las consideraciones que presenta monsieur Ardouin du Mazet en sus *Etudes Algériennes* acerca de las colonias españolas. La obra es de muy reciente publicacion, y aún no la hemos visto citada por la prensa española. El autor es justo con los emigrantes españoles: nuestros paisanos en Argel trabajan más y mejor que en nuestra patria, porque Argel no es la tierra de El Dorado; los *esparteros* valencianos y murcianos despliegan una prodigiosa actividad, y en Orán, en Saint-Denis du Sig y en otros puntos benefician una riqueza que desatienden los agricultores franceses. Ardouin plantea este problema: «En caso de un conflicto con España, la presencia de una poblacion española superior en número á la francesa ¿podría ser una amenaza para la soberanía de la República?» Y contesta: «Grave sería la objecion, si de nosotros no dependiese convertirla en hecho ó impedir que se presentase.

»Si se puede temer una *hispanizacion* completa del país, es preciso atribuirla sobre todo al modo con que hemos recibido á los emigrantes. Verdad es que los españoles no se confunden con los franceses, pero es porque nosotros no nos prestamos á ello.» Ya votan nuestros compatriotas en las elecciones municipales: de 24.060 electores, hay 14.617 franceses y judíos, 6.754 musulmanes y 2.689 extranjeros, casi todos procedentes de España. En 1878 se alistaron en el ejército colonial 166 hijos de españoles, siendo franceses 368 y 134 israelitas en el departamento de Orán. M. Ardouin desearia que por medio de concesiones de terrenos se procurase fijar los en la colonia y que se les obligase á concurrir á las escuelas francesas, puesto que la emigracion española á las referidas tierras podrá suspenderse, pero no concluir en un largo período. También desearia que en los terrenos hoy cubiertos de maleza, invadidos por los chacales, peligrosos para la seguridad personal y la salud de los colonos, se levantasen poblaciones para tales huéspedes, y estimula con razon á las autoridades para que se esfuercen en conseguir resultados tan ventajosos. Pero ¡es tan triste dejar para siempre la patria! ¡Manda tanto el corazon que no mandaría la cabeza!

Si los hijos de nuestras provincias del Norte, donde es pobre la tierra, la mar bravía, la propiedad microscópica, las influencias y la vida política un verdadero martirio para los labradores, la emigracion una enfermedad hereditaria, están deseando años y años que llegue el momento de volver á su país á fin de recobrar y ensanchar los abandonados hogares, ¿qué harán los hijos de la tierra de las palmeras y de la seda, de los apacibles mares, del clima siempre benigno, donde reina una constante primavera? Si con Valencia y Murcia sueñan todavía los árabes desterrados, ¿cómo no han de soñar siempre valencianos y murcianos? No quiera Dios que nuestra raza, que tantos siglos colonizó para sí propia con tanta gloria, aunque con mayor ó menor fortuna, hoy se ponga, como Jacob, á servir de una manera permanente á los extranjeros.

Háganlo en hora buena los que nacieron en helados y pobres climas, en esquilmas tierras, en naciones que perdieron su independencia secular; háganlo los que por adquirir un sueldo se venden como soldados, los irlandeses que no tienen Irlanda, los polacos que no tienen Polonia, los judíos que ni tienen ni pueden tener otra patria que el rincón donde guardan sus monedas. Nuestros compatriotas de Levante, como los del Norte, despues de largas aventuras y de voluntario destierro, quieren morir á la sombra de la palmera ó de la encina que protegieron sus sueños cuando niños, cabe el manzano ó junto á la viña que ayudaron á cultivar, y oír en su agonía la campana de la parroquia donde celebraron su matrimonio ó bautizaron á sus hijos, y hacen bien en preferir á los intereses de Francia el que sus afectos les designan.

#### Las dinastías europeas y su clasificacion política.

El publicista suizo Bluntschli ha escrito, con la libertad propia de su país y la amplitud de miras característica de la ciencia alemana, en su libro de la *Politica* varios capítulos que merecen detenido estudio. Hay entre otros uno muy breve sobre las dinastías europeas, en que se leen estas frases: «Las reminiscencias y grandeza feudal de ciertas cortes tienen el inconveniente de contener el progreso y debilitar la autoridad real, poniéndola en lucha con el espíritu del siglo y las necesidades del momento presente.» Divide las actuales dinastías en dos clases: unas que saben y otras que no saben seguir este movimiento. Las dinastías de Austria y Borbon parecen á Bluntschli comprendidas en el primer grupo: «aquella, dice, vió sucesivamente la pérdida de España, Bélgica, Italia y la misma Alemania, quedando hoy reducida al Austria y la Hungría. La otra, aún más infeliz, perdió Francia, Nápoles, Parma y aún España en algun tiempo.»

Las dinastías del segundo grupo son los *Hohenzollern*, de Prusia y Rumania; los *Holstein Gottorp*, de Rusia; los *Cobourg-Gotha*, de Inglaterra, Bélgica y Portugal; los *Holstein Sonderburg Glücksburg*, de Dinamarca y Grecia, y los *Carignan*, de Italia. Así como la antigua Germania se llamaba *officina gentium*, la moderna Alemania puede llamarse *officina regum*. Despues de tales observaciones, Bluntschli se declara en nombre del espíritu del siglo y de la civilizacion actual contra la política dinástica; pero, modificando algun tanto este exclusivismo en las ideas, reconoce que si la causa de conservacion de paz ó de declaracion de guerra es por sí misma nacional, la relacion que pueda existir entre las dinastías de dos naciones contribuye mucho todavía al bien de los pueblos, evitando la guerra ó consolidando la paz una vez ajustada.

Ha pasado la época de los pactos de familia, tan sensibles para nuestro país en particular, y que ni siquiera tuvieron el mérito de la consecuencia. El famoso de Carlos III tuvo eficacia bastante para preparar la ruina de la dominacion española en América y nada valió para conservar sobre los hombros la cabeza del desgraciado Luis XVI; despues de encadenar nuestra suerte á la de una familia, la hizo depender de la de una nacion, y poco faltó para que hiciese zozobrar nuestra independencia, como habia destruido nuestra gloriosa marina. El inglés, que habia sido blanco del pacto de familia, fué colaborador nuestro en la obra de la resurreccion nacional, y nuestros antiguos amigos se tornaron verdugos en Madrid y destructores de Zaragoza. Cultiven los pueblos toda clase de amistosas relaciones, y los Ministros y los Reyes, como los gigantes del Ariosto, de Pulci y de Swift, no podrán salir de las redes que á su alrededor tiendan las naciones para su propio bien, y cuando se levante el ramo de oliva ó la lanza del *fecial* se arroje á la tierra enemiga, pueblo y Rey tendrán una sola voz y será más seguro el buen resultado del combate y mayor la duracion de las paces que se hicieren.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

### LA VIDA IDEAL

Á C. R.

I

¡Ah! tú que sabes cómo en lucha intensa se agitan las pasiones en el alma, tú que prefieres á la fria calma la ruda tempestad del corazon.

Presta el oído á mi laud, do vibran los ecos del amor y sentimiento; quizá disfrutes de un feliz momento al escuchar mi lúgubre cancion.

Como las hojas que arrebatada el aire y avanzan en ferviente remolino al rauda impulso, vas de tu destino la senda de la vida al recorrer.

Mas ¡ay! ¿quién puede refrenar el curso del río que veloz se precipita, ni quién del corazon cuando se agita podrá las pulsaciones contener?

No en vano brilla en tus candentes ojos de amor y de ternura viva llama; no en vano la pasion tu seno inflama y cual ninguna tú sabes sentir.

No en vano fluye en tus carmineos labios grata expresion de célica dulzura; no en vano tu mirada al hombre augura la aurora de un precioso porvenir.

Yo, que desdeño el corrompido lodo en que se abisma torpemente el mundo, al contemplarte, en éxtasis profundo, admiro de tu mente el ideal.

¿No bulle sin cesar en tu cerebro la imágen esplendente de otra tierra que otros deleites más feliz encierra, deleites de una gloria sin igual?

Tú, como el ave que manchar no quiere en ese fango vil sus blancas alas, buscas otra region donde tus galas ostentan su purísimo esplendor.

Allí tu mente soberana y libre del yugo que en el mundo la sujeta, se extiende como el númen del poeta vagando por do quiera sin temor.

Allí vives feliz en tu morada, reflejo de magníficos fulgores; allí escuchas la voz de los amores que sabe tus oídos recrear.

Allí se enciende un ardoroso fuego que anima y enrojece tu mejilla; allí en tus ojos hechiceros brilla de una dicha perpetua el luminar.

II

Que en tan celeste mansion, en tan dichoso existir, de ilusion en ilusion, ve las horas sonreír tu entusiasta corazon.

Sólo tú feliz comprendes esa morada ideal á donde tu vuelo tiendes, y con gloria sin igual allí te agitas y enciendes.

Y ¿qué valen para tí los momentos de una vida sin pasion, sin frenesí? ¿Pudieras gozar aquí con tu mente enardecida?

Sus dónes naturaleza te dió con pródiga mano, y, al darte gracia y belleza, no en tu corazon en vano puso amor, puso terneza.

Por eso la tierra es poca y es muy estrecho su ambiente á tu fantasia loca; ¡ah! por eso aquí tu mente del marasmo el frio toca.

Feliz el mortal aquel que á tu cielo se remonte y, al gozar en tu verjel de otro sol y otro horizonte, beba en tus labios la miel.

En esa region que encierra un deleite embriagador eres la diosa de amor, y en la envilecida tierra yo ignorado trovador.

¡Trovador que así delira ante el brillo de tu cielo!... Baja tus ojos y mira al poeta que suspira, y calma una vez su duelo.

JOSÉ MARÍA MONTES.

## MARZO

EL

Hay que saludarle con el sombrero en la mano, y según cumple á personas bien nacidas, porque este mes es un señor muy linajudo. ¡Ahí abulta un grano de anís la estirpe de donde procede! Nada ménos se remonta su origen que á la época de los romanos, entre los cuales gozaba el honor de ocupar el primer puesto en la lista de los meses del año en holocausto á Marte. Echele Vd. galgos al abolengo.

No creo dejarme llevar por la lisonja, pero á mí me parece Marzo un mes hecho y derecho, sesudo y formalote como él solo y seguro de cascos como ninguno. No tiene nada de extraño; ya es entradito en días y además cuenta con obligaciones que exigen juicio y comedimiento como corresponde á un casado. Porque Marzo pertenece á la hermandad de San Marcos: ha sido el único de los hermanos que le dió por el matrimonio, y á fe que tuvo gusto y tacto para buscar su consorte. A su tiempo os la presentaré personalmente; ahora sólo os anticiparé su nombre: se llama Primavera. ¡Vaya una pareja cabal! Cada uno ocupándose en sus quehaceres pasan la vida del modo más apacible y sin regañar nunca, lo mismo que si no fueran mujer y marido.

Marzo es de costumbres harto morigeradas, casi rayanas en el ascetismo, y muy dado á las prácticas religiosas; como que siempre que puede le birla al dulce Abril la Semana Santa. Cuando no, se contenta con observar á la letra los preceptos de la Cuaresma y todo se le vuelve ayunar y comer de vigilia, como Dios manda. A ese paso gana el cielo, de seguro, porque ya no puede consagrarse con más ahinco á la penitencia. Así se pasa las horas muertas con el almocafre en la mano, y así se afana porque las espinacas salgan con mucha ropa, y los cardillos estén bien rizados, y las lechugas flamencas se blanqueen, y los brécoles oscurezcan sus faralares. Bien procura que no le falten legumbres para sus colaciones.

Parece mentira que siendo tan probo tenga enemigos: pues los tiene, y no son pocos los que le llaman el soplón, queriendo denigrarle. No paran mientes en que el sol entra en Aries por este mes y él no puede hacer otra cosa que echarse boca abajo, y le viene muy ancho. No faltaba sino que se atufase con el rey de los astros y éste retirase incomodado sus rayos. ¡Buena la habíamos hecho! en seguida las nubes, ansiosas de campar por sus respetos... ¡agua va! á la tierra se descolgaban, y «Marzo de lluvias cargado, señal de año desgraciado.» Pues nadie lo tiene en cuenta, y si no fuera por el viento del mes que corre, seguro que esto pasaba. Aún así, se ve y se desea para sujetar á la lluvia, que cuando ménos se piensa se deja caer á la chita callando sólo por el placer de armar ventisca. Como si nada: las gentes del campo especialmente, dale que dale en censurarle sin dar tiempo á que obre; y dale que dale con que «si Marzo vuelve el rabo ni deja cordero con cencerro ni pastor enzamarrado,» y que «si Marzo mayea, Mayo marcea,» con lo cual parece que quieren llamarle mercachifle y veleta. No obstante, procura estar bien con el sol para que le ayude, y así pardea hasta ennegrecer y calienta una cosita muy regular; y ya se sabe que «Marzo pardo señal de buen año,» y «calor de Marzo temprano es para el campo muy sano.»

Si á Marzo le hubieran dejado escoger nombre se hubiera llamado Pepe de buena gana, porque es grande amigo de San José. Pruébalo el que le ofreciera su día 19 y el que no parase hasta ver aceptado su ofrecimiento. Por eso, para

corresponder á tal fineza, forma un precioso ramo con las mejores flores entre las primerizas y se lo regala al Santo para su vara, poniéndole también hermosas velas de cera de las más ricas colmenas, rizadas por el aguijón de las mismas abejas, de orden de Marzo. Y he aquí á Marzo mensualmente ó, como si dijéramos, en persona.

## Su consorte.

¡Vaya si es hermosa, y vaya si tiene partido! En cuanto se anuncia comienza á ablandarse el tiempo y todos se pirran por ella. El sol se viste de fiesta, se abriga cuanto puede y dice atusándose los rayos:—Paso, que soy yo.—¡Valiente fanfarrón! La luna, al contrario, se finge la chiquitita, pone los ojos en blanco y luciendo melancólicamente suspira:—¡Ay de mí!—¡Hipocritilla! El horizonte lucha para mantenerse azul con los celajes que quieren hacerse visibles. Las estrellas se asoman todas las noches y miran todas á la vez. ¡Vaya un figoneo!

Pues, sin embargo, no se cuida ella ni de sí propia, y la prueba es que no pára mientes en la ligereza de su traje. Nada; tomó cuatro girones de nubes, zurcióse los á capricho y, ¡ea! se rebozó con ellos muy satisfecha, como si no se transparentasen, y como si á impulsos del viento no la descubriesen las formas. Muy mal hecho, y perdóneme Marzo que lo consiente. Así quitaría motivo á hablillas, y no que por ahí se habla de que la Primavera está muy mal vestida, ó por mejor decir, muy bien desnuda, y que su marido es un tacaño que no la da para cubrirse las carnes. Además, el diablo las carga, y los sátiros, que tratan á la cándida esposa de antiguo, son unos granujas.

¡Que si quieréis! la Primavera no se fija en detalles y continúa impertérrita cuidando de sus flores y de sus pájaros. Miradla, se pasa el tiempo haciendo brotar los manantiales, encauzando los arroyos, moviendo las brisas para que no falte á las plantas agua y aire y puedan beber y respirar á su antojo. Ahora corta estas hojas que dañan al cáliz; luego redondea bien aquellos botones para que se abran con facilidad; despues endereza los otros tallos para que no crezcan gibosos. Hoy procura que las corolas se soleen; mañana las permite que chupen un poquito de rocío, y así va sacando á sus hijas adelante.

Y ya que os he presentado á la esposa de Marzo, á la Primavera, la dejaremos hasta los meses que siguen, sus cuñados, con cuya ayuda despliega todo su lujo en adornar á la naturaleza; lujo de que no hace gala en Marzo, sin duda por no ofender la modestia de su marido.

## En las copas de los árboles.

¡Vaya una algarabía que trae en sus alas el aura de la mañana; viene preñada de sonidos! Pero ¿de dónde procede esa música? De allá abajo, del valle costero al río. En la mayor parte de los árboles hay concierto matutino. Son los ruiseñores que comienzan á probar sus voces, temerosos de que el invierno se las haya apagado. ¡Sí, sí, cada vez las tienen más agudas y vibrantes! Oid, oid: entre aquellas frondas cantan las turbas en alegre coro; en estas copas ensáyense duos y tercetos; en la cúspide de ese tronco solitario, alado tenor pitorrea dulce romanza. Dejadle en su soledad, tal vez llora los amores perdidos que no han de volver nunca; sus gorjeos no pueden ser más tristes. ¿Y estos de los duos y cuartetos? Son artistas de pura sangre; no se distraen con nada y sólo atienden á sus trinos. Bravo, compás de compasillo. Admirable, buena *fermata*. Ni en la ópera. ¡Huyuyuí, qué barullo en la arboleda que allá á lo lejos se divisa! Lo ménos viven allí mil pájaros. ¡Qué retozones, qué inquietos, qué bulliciosos! No paran

un instante. Que ven que tal hoja sale ya rizada: romanza en la menor á su nacimiento. Un salto. Que los botones de la otra rama están á punto de abrirse: aria en clave de fa. Que por entre la hojarrasca se cuele un rayo de sol; á asomar la cabeza por la rendija: alegre majestuoso en *mi* sostenido.

¡Claro! con bulla tan continua se han despertado los habitantes de las copas de enfrente. Son muy egoistas los ruiseñores, y no consideran que si están en su casa, no es sola en el bosque é incomodan á los dueños de las demás. Eso pasa en aquellas encinas: todos los gorriones que viven en ellas se han despertado echando pestes de sus vecinos. ¡Buen humor tienen con habérseles turbado el sueño! Gruñendo se levantan, y estirando el cuello pían á media voz; pero ¿qué les ocurrirá á esos silbantes? Pues no lo toman poco á pecho. Habrá incubado á luz alguna pájara distinguida. ¡Mas... ¡trigo! qué oigo! ¡Sí, cantan á la primavera! ¡A ver, á ver! Justo, pues si hay ya flores, y cielo azul, y sol... y estarán tan hermosos los sembrados... ¡Gri, gri, gri!

Y saltan de rama en rama, y se cuentan unos á otros lo que pasa, y se ordenan en bandadas, y márcanse el itinerario para no acudir todos al mismo sitio, y despues de limpiarse bien las patitas y tomar un refrigerio alzan el vuelo medio locos, bendiciendo el egoismo de los ruiseñores, no sin repetir ántes las hembras *gorrionas* á sus hijos la lección consabida:—Cuando veáis á los chicos que se agachan á coger piedras, huid á escape.—A lo que contestan los hijuelos:—¿Y si las llevan en la mano?—Con lo que las madres sonrientes les dan un picotazo amistoso, diciéndoles en confianza:—Os puede dejar solos vuestro padre; el que no os conozca que os compre.

## Entre las matas.

—¡Buen pan hay, buen pan hay!...

—¡Cutcurri, cutcurri!..

—¡Vaya un encuentro de mañana: las codornices!

—¡Felices días, primas.

—Con que de paseo, ¿eh?

—Vamos tomando el sol, que está muy hermoso. Allá descansaremos en aquella umbria junto á la fuente. ¡Qué sabroso debe saber ya el heno! ¡Qué, si parece mentira que podamos seguir tranquilas por entre estos lentiscos!...

—Gracias á Marzo, queridas, que es grande amigo nuestro. Con nada le pagaremos lo que ha hecho por nosotras. En cuanto salió el temporal decreto encargándole del gobierno, ¡zás! echó abajo la ley que permite á los hombres matarnos á cualquier hora. Siquiera hasta Setiembre podremos respirar con un poco más de desahogo.

—¿Creeréis, perdices mías, que aun así nos parece mentira tal suelta? Cada chaparro que hallamos á la vera de estas sendas se nos antoja un cazador, y se nos ponen la plumas de punta. Más de cuatro veces hemos estado á punto de levantar el vuelo; los tómulos se nos figuran perros y las ramas de los robles escopetas.

—No sois poco miedosas. Pues si os dijéramos que desde aquí se ve un tolo que no parece sino que nos está esperando.

—¡Cutcurri!... ¡Qué susto!... ¡Vaya unas bromas!

—¡Buen pan hay, buen pan hay! Por poco se os encoje el buche.

—No nos fiamos, no nos fiamos.

—Pues lo que vais á conseguir es perderos. Si no teneis serenidad, mucho es de temer que abandoneis el campo libre y os zampeis sin notarlo en un vedado de caza. Entónces sí que no os vale la bula de Meco si os atisban.

—No, porque no damos un paso sin reconocer ántes el terreno; además, los mojones de las lindes de los vedados son bien visibles.

—No contais con los reclamos. Al amanecer de hoy por poco no nos sucede á nosotras una desgracia, y eso que las perdices que vamos juntas somos animosas y serenas. Nada; oímos un canto que era una maravilla. ¡Otra perdiz!—nos dijimos.—¿Quién será? Veámoslo. Y por milagro de Dios no nos salió cara la pícara curiosidad, pues nos dispararon una perdigonada de padre y muy señor mio. Distraídas nos habíamos metido en un prado particular.

—Pues á nosotras nos ha sucedido otro chasco. Creyendo que se respetarian las órdenes de Marzo, no pensábamos en trampas, cuando una compañera ve un grano de trigo bajo una piedra sostenida por un palito. Va inocentemente, pica, y... ¡cataplum! se le cae el canto sobre la cabeza y la aplastó. ¡Pobrecilla!

—¿Habeis oído?... Sí, sí... Ladridos de perros...

—¡Jesús, un tiro!

—Sálvesela que pueda... ¡Buen pan hay, buen pan hay... pan hay, pan hay!

—Alcemos el vuelo... ¡Cutcurrí... cutcurrí!... ¡currí... currí!

Y los dos bandos que se habian encontrado en la senda se dispersaron asustadas por frecuentes y continuadas detonaciones.

#### Las golondrinas.

Ya vuelven las amigas del verano. Tornan en bandadas, besando con sus alitas azules las mansas ondas de los pantanos. Todas á una abaten el vuelo sobre la misma heredad donde picoteaban el rubio trigo por el tiempo de la cosecha. En cuanto Marzo arroja á la tierra el primer monton de flores y el primer puñado de frutos, cádate en casa á las golondrinas, que nunca fueron ingratas y que si se marcharon en el invierno impulsóles sólo la falta de calor para los hijuelos. Y si no, vedlas ahora hasta que encuentran los viejos hogares, medio aturcidas y como tontas, ir y venir sobre los prados, pasar y repasar sobre los estanques, las alas extendidas, el pico entreabierto, sin darse punto de reposo. Buscan aquellos antiguos nidos de barro, ilusion de los chiquillos del pueblo que por cogerlos se quedaban sin calzones; anhelo de los mozos, que á costa de algun trompazo los regalaban con sus crias á las novias. Al cabo, en el alero del tejado, en las vigas del techo de la cocina, en la rota arcada del convento ruinoso, encuentran, secos por el frio y endurecidos por la escarcha, los hogares testigos de sus amores pasados.

Vienen del Africa; en cuanto supieron que Marzo habia vuelto al poder requirieron las alas y retornaron alegres como unas pascuas. Vienen del Africa y han colgado sus nidos del mirador tunecino primorosamente calado; del minarete arábigo de berberisca mezquita; de las interminables ramas de gigantescos baobás. Ellas han oído á la mora sensual, envuelta en hopalandas de lino, acompañarse de la oriental guzla, exhalando melancólicas kásidas africanas; ellas han visto al fanático *muezzin* de lengua blanca barba, agitando los brazos como aspa de molino, entonar á voces la oracion del alba; ellas han presenciado las zambras moriscas de las caravanas en las soledades del desierto, y ahora vienen á posarse en los balcones de madera de las casas de las muchachas que en otro tiempo les echaban migas de pan; en las negras pizarras del campanario de la iglesia; en los árboles que rodean las eras del pueblo. Ellas alzarán el vuelo apénas oigan doblar la madrugadora campana llamando á los fieles á la primera misa, y ellas interrumpirán con sus pitidos, al caer de la tarde, los amorosos coloquios que los amantes

entablen por las espaldas de las casas costeras al campo, ya á través de las rejas tapizadas de madreSelva, ya de bruces en el suelo por la redonda gatera de la puerta.

¡Oh! Hay que adorar á las golondrinas porque son las aves de la tradicion más santa que imaginarse puede. Cuando el mártir del Gholgota gemia en la cruz, ellas le aliviaron arrancándole una á una las espinas de su corona. Las golondrinas anuncian además el dulce imperio de la Primavera, y si la Primavera es el paraíso de la felicidad, las golondrinas conducen las llaves de ese paraíso; y si las golondrinas nos traen esas llaves codiciadas, débese al mes de Marzo que, en cuanto pudo, enviolas amistoso recado para que viniesen.

A. PEREZ G. NIEVA.

### ISABEL I DE CASTILLA

El soberbio alcázar de Segovia, morada de los antiguos Reyes castellanos, imponente se eleva sobre enormes rocas, tan majestuoso en su magnificencia como atrevido en su construccion. Sus fuertes torreones y elegantes capiteles se destacan entre el azul de un cielo despejado, como gigantes que desafiarian la inclemencia de los siglos, prontos á defender sagrados derechos contra la soberbia del hombre. El puente de su foso, suspendido con dobles cadenas sobre la profundidad pavorosa, da paso á gentiles caballeros y nobles damas, en ese incesante movimiento que anuncia la presencia de un soberano. En el interior, las galerias se ven ocupadas por gente de todas clases y condiciones, á quien los centinelas dejarian pasar sin oponer obstáculo. Isabel I de Castilla concede audiencia pública á su pueblo.

En la regia cámara de arabescas cornisas y valiosos tapices, la magnánima Isabel ocupa un sillón primorosamente blasonado: el terciopelo carmesí de su rico traje enaltece la hermosura de aquel augusto rostro, y sus rubios cabellos, recogidos con gracia por los blancos encajes de lindísima toca, dejan adivinar el genio sobre su frente nítida. La Reina de Colon con interés escucha las humildes quejas de un grupo de vasallos que, á distancia conveniente, uno de ellos expone con voz tranquila y respetuosa. Cuando terminó, doblando la rodilla reverente ante la majestad, la Reina con lentitud les dijo:—Vuestras quejas son justas, y al cielo plugo concederme la dicha de remediarlas. Los buenos y leales; los que del trabajo viven bendiciendo á Dios guardadores de las leyes; los que honrados en la paz y valientes en el campo el bien aman y respetan, mis hijos son más que vasallos. En vuestras penas llegad siempre hasta mí, pues doy pública audiencia, que nunca desoiré la voz de la razon y la justicia en respetuoso tono y sin engaño. Ahora, hijos míos, seguros de mi real proteccion, tranquilos despejad, y que llegue algun otro si acaso nueva gracia necesita pedir.

Los aldeanos salieron en silencio satisfechos y alegres, y un anciano de noble, aunque afligido rostro, fué á caer de rodillas ante la magnánima y bondadosa Reina.

—¿Qué deseais?—exclamó conmovida Isabel.—¿Qué os aflige, buen anciano?

—¡Señora!—contestó prorumpiendo en débiles sollozos.—Justicia de mi Reina sólo quiero implorar.

—La tendreis, pues á ese fin doy pública audiencia... ¡Hablad! Ya os escucho.

—Una hija, señora, apoyo de mi vejez, por su virtud querida, por su hermosura celebrada, dia y noche sin consuelo lloro.

—¡Muerta!

—Pluguiera á Dios... ¡Mas ay!... Un caballero, fingiéndose de condicion como la suya, al altar la condujo, donde el sacerdote y los testigos eran falsos...

—¡Pronto, su nombre!—exclamó la Reina terriblemente indignada.—¡Su nombre!... Yo lo quiero... ¿qué os detiene?

—Es que Dios mira y ve que mal mi corazon no abriga...

—¡Hablad! Su nombre necesito.

—¡El Conde D. Gonzalo!

—¡Ah!... ¡noble hazaña que abona bien su escudo!... Si cual pasó lo referis, yo os prometo que vuestra hija será Condesa, ó el Conde habitará toda su vida la triste celda de un claustro.

—Señora, es poderoso... y yo pobre plebeyo...

—Razon que mi justicia atiende. Respete el caballero la virtud y el honor donde se hallen... Mas ¿qué tumulto es ese? ¿Qué anuncia esa griteria en la plaza de mi alcázar? ¿Mi buen pueblo segoviano olvidó su lealtad y sus deberes?

¡Mueran los opresores!—los gritos repetian.— ¡Viva la Reina, viva! Y al punto la señora rodeada se vió de cien soldados que, á las órdenes del Alcaide del castillo, á proteger venian la augusta majestad de su persona; pero Isabel I, valiente y arrogante, exclamó irgiéndose sublime.—¡Atrás todos, atrás!—Y seguida de sus guardias, presurosa salió al encuentro de los revoltosos, que ante su presencia enmudecieron, exclamando con acento digno y mesurado:—¿Qué quereis?... ¡decid!... ¿qué os detiene?

—Señora, nos oprimen... nuestros derechos merman... pedimos libertad.

—¡Libertad!... ¿Para qué? ¿El hombre honrado menguar mira sus legítimos derechos? ¿Quién le impide vivir á su albedrío, sin apartarse de las leyes justas que, inspirados en Dios, os proponemos?... ¡Libertad!... Sí, tambien yo la amo, y en pos de ella va la mente mia; mas, entendedlo bien... ¡libertad! no desórden ni infamia. Habeis sabido que justas quejas en tono humilde presentadas acogi, y vosotros, vasallos holgazanes, discolos y sin fe, venis en rebelion á pisar el respeto debido á vuestra Reina. No me engañais con los fingidos ¡vivas! que de escucharos hoy, mañana fuesen ¡muertas! pues gentes cual vosotros, tras una gracia mil pretenden, y ¡ay del dia que sus caprichos ven frustrados! Tiempos, sí, llegarán, por gran desgracia, en que el pueblo, sin creencias ni respeto á sus mayores, pretenda erigir tantas coronas (aunque de varios modos nominadas) como cabezas la ambicion trastorne; mas, por fortuna, es pronto aún. A sus padres, mi pueblo, en los Reyes venera, y yo, como hasta aquí, procuraré premiar á los leales, reprimiendo con mano bien templada los desvarios locos de gente fementida. ¡Idos de mi presencia!

—¡Ah, señora!... Nuestra insolente audacia conocemos... ¡perdon!

—¿En pié?...

—No, de rodillas... ¡Viva la reina, viva!

—Viva la Reina, sí, pero viva ante todo el respeto y honor de sus vasallos. Esto quiere Isabel, y así os perdona.

.....  
Pocos dias más tarde el Conde D. Gonzalo, á despecho de sus blasones, ante el altar se unia en santo y verdadero lazo á la que desde entonces fué Condesa y muy alta noble señora Doña Juana de Albornoz, hija del pobre plebeyo Perafan de Blasco-Nuño, despues hidalgo y señor de lugares en Castilla, que el Conde de por vida le cediera.

SABAS JOSÉ BECERRIL.